

CAPITULO XXIII.

1864.

NOVIEMBRE A DICIEMBRE.

Vega se dirige al Fuerte. Abusos y excesos á que se entrega la tropa. Es derrotado don Conrado Vega en la Higuera de Zaragoza. Avilez ataca y derrota á unas lanchas francesas en el río de Ahomé. Llega á Alamos el general Patou y marcha á batir á Vega. Derrota y fusilamiento de este jefe imperialista. Batalla de San Pedro. Descripción del episodio por Gómez Flores y notas del autor. Historialores que hablan de la batalla. Desembarca la expedición en Altata. Cartas dirigidas á Rosales. Ordena que marche Tolentino en observación del enemigo. Descripción de la batalla. Posiciones de los intervencionistas y de los republicanos. Se rompen los fuegos. Un rasgo de valor de Martín Ibarra. Los republicanos cargan á la bayoneta. Muerte gloriosa de Ramírez. Tolentino decide el éxito de la batalla. Rasgos de valor. Granada los. Palabras del Nigromante y de Iglesias. Benignidad de Rosales. Rasgo caballeresco de Granados. Rosales y otros oficiales. Entrada triunfal de Rosales en Culiacin. Descripción de las acciones de las Higuera y el Espinazo del Diablo por Gómez Flores.

**D**ESPUES de la victoria alcanzada en Mirasoles, don Francisco de la Vega marchó, sin dar aviso al go-

bierno, rumbo al norte del Estado; entró á la villa del Fuerte pacíficamente y su fuerza se entregó á toda clase de desórdenes y escándalos, ejerciendo actos de verdadera barbarie contra los parientes y partidarios de don Plácido, y contra todas las personas que directa ó indirectamente habían protegido la expedición del coronel Rentería sobre Culiacán. Vega tomó en el Fuerte el título de comandante principal de los distritos del centro del Estado de Sinaloa, y ordenó el diez y ocho de noviembre á don Conrado Vega que saliera en persecución del coronel Félix y Buelna quien con unas cargas de harina se dirigía para Mochicahui. Al llegar don Conrado á la Higuera de Zaragoza fué atacado por don Lorenzo Avilez y derrotado completamente el día veintiuno, quedando prisionero con los dragones que le acompañaban. El veintitres el mismo Avilez tuvo noticia de la presencia de un buque de guerra francés en la boca del rio de Ahome y marchó al momento, con los ciudadanos armados que le obedecían, á cerciorarse de lo que pasaba. Llegaron al médano á las dos de la tarde y descubrieron dos lanchas procedentes de la embarcación enemiga, que con una pequeña pieza estuvieron disparando por breves instantes, disparos que fueron contestados por los republicanos con tan buen éxito, que las lanchas y el buque tuvieron que huir del teatro de los sucesos.

Por este tiempo el gobierno nacional establecido en Chihuahua había ordenado al general José María Patoni que pasara en comisión al Estado de Sinaloa, y sabedores los enemigos de don Francisco Vega de la presen-

cia de aquel jefe en la ciudad de Alamos, le invitaron para que lo batiera, toda vez que eran ya conocidas sus tendencias imperialistas é insoportables las vejaciones que sus tropas cometían. Apenas supo Vega que Patoni se movía sobre el Fuerte, se retiró precipitadamente para el rancho de Agiabampo; allí fué sorprendido y hecho prisionero en la noche del quince de diciembre, y el día siguiente, en la tarde, pasado por las armas por el jefe don Juan N. Mirafuentes. Vega murió con el valor y la serenidad que todos le reconocieron en vida, y su desaparición de la escena política, significó un verdadero triunfo para el partido republicano.

Pero si es inegable la importancia que tuvo para la suerte de las armas nacionales en Sinaloa, la muerte del coronel don Francisco de la Vega, no lo es menos la batalla ganada por el gobernador Rosales á las fuerzas franco-traidoras que marcharon de Mazatlán á batir á los republicanos. El eminente escritor sinaloense don Francisco Gómez Flores, hizo un estudio magistral sobre el épico episodio de San Pedro, estudio que vamos á reproducir á continuación, agregándole algunas notas que juzgamos de importancia por los datos nuevos que contienen. Dice así el señor Gómez Flores.

“Ese asunto es la memorable batalla de San Pedro, librada el 22 de diciembre de 1864, por las tropas republicanas, contra las orgullosas huestes napoleónicas; suceso que no obstante su altísima significación histórica, apenas ha merecido la atención y examen, no ya de los escritores franceses, sino de los mismos mexicanos que se

han ocupado en historiar el periodo de la intervención extranjera en México. K ratri, Gaulot, Lefébre, (1) Niox y otros, ó bien guardan silencio inexplicable sobre un hecho de armas que no debe haberles sido ignorado, ó bien se dignan mencionarle en breves y desdeñosos términos. Pierre Larousse, que habla extensamente en su gran Diccionario Universal, de la acción de Veranos, menos brillante para nosotros y menos funesta para el enemigo, no dice absolutamente nada de la batalla de San Pedro.

El Sr. Vigil sólo le consagra en el tomo V de *México á través de los Siglos*, las siguientes palabras con alguna inexactitud en las cifras: "...; y el 22 derrotó Rosales en el pueblo de San Pedro una sección de 500 hombres compuesta de franceses y mexicanos, que conducida en el vapor "Lucifer" había desembarcado en el puerto de Altata. Quedaron en poder de los republicanos dos piezas rayadas, todo el material de guerra, ochenta y cinco prisioneros franceses y argelinos, entre los que se hallaba Gazielle, comandante del "Lucifer" y en jefe de la expedición, y seis oficiales, dejando además seis heridos y

(1) Lefébre ni guarda silencio, ni se pa con desdeñosas palabras sobre la batalla de San Pedro. Por el contrario, elogia en diversas ocasiones á Rosales, y compara la magnanimidad de este jefe con los incendios é infamias cometidos en el sur de Sinaloa por orden de los franceses. Don Pedro Pruneda, en una obra que publicó en Madrid en 1867 con el título de *Historia de la guerra de México desde 1861 á 1867*, no desconoce la importancia del triunfo de San Pedro. Hay que hacer constar que en esta obra se hace el panegírico del imperio y que escrita á raíz del drama de Querétaro, palpitan en ella las pasiones de la época.—N. del A.

veinte y tantos muertos. De los auxiliares quedaron ciento y tantos prisioneros."

El *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, obra escrita por el mencionado Sr. Vigil en colaboración del Sr. Híjar y Haro, se extiende un poco más en la descripción de la batalla (y proporciona interesantes datos para la biografía del general Rosales); pero no le concede mayor trascendencia que á cualquiera otro de los muchos triunfos obtenidos en Sinaloa, sobre el enemigo invasor y sus aliados.

Los Sres. Prieto y Oviedo Romero mencionan únicamente la muerte de Rosales, Zárate apenas le incluye entre los defensores de la patria; Pérez Verdía cita en globo la batalla; Payno ignora por completo las campañas del Ejército de Occidente. Otros autores más elementales, de sobra está decir que también son mudos en el particular. El compendio del Sr. Roa Bárcena termina con la consumación del tratado de Guadalupe Hidalgo y el fusilamiento del padre Jarauta. No conozco la extensa obra que está publicando por entregas el Sr. Rivera Cambas, sobre nuestra segunda Independencia.

Quien verdaderamente proporciona documentos para escribir, no ya una disertación, sino una detallada monografía de la célebre batalla, es el Sr. Lic. Eustaquio Buelna, en sus *Breves apuntes para la historia de la guerra de Intervención en Sinaloa*. Con ayuda de sus datos voy á permitirle relataros lo más importante y sustancial del épico episodio.

El primer incidente de la guerra extranjera en Sina-

los, que dió honra á las armas del Estado, le ocasionó el 31 de marzo de 1864 la corbeta "Cordellier," que durante cinco horas estuvo arrojando, sin éxito, bombas sobre nuestras improvisadas fortificaciones, y que contestada por una sola pieza al raso de la playa, se retiró con notables averías, del alcance de nuestros tiros. El 13 de noviembre del mismo año hizo su entrada en Mazatlán el invasor protegido por su poderosa escuadra del Pacífico, y el 10 de diciembre, el jefe de la armada y el comandante superior de la plaza, de común acuerdo, resolvieron despachar, bajo las órdenes de Gazielle, el aventurero español Domingo Cortés y el comandante Jorge Carmona, una expedición sobre la ciudad de Culiacán (1) Se daba por seguro el triunfo y tanto Gazielle, como Cortés que debía tomar el mando militar, después de la victoria, y encargarse de la pacificación del país, entendiéndose con los jefes republicanos, llevaban perfectamente determinadas sus respectivas atribuciones y deberes, en pliegos y papeles oficiales que sólo sirvieron para aumentar la ignominia de la derrota. Tenían preparadas las proclamas impresas, las ofertas á quienes se alhiriesen á la causa del imperio y las coronas de laureles con que ceñir sus sienes.

Tan luego como desembarcaron en Alta los invasores, escribieron Cortés y Carmona al caudillo republicano,

(1) Era comandante en jefe de la armada del Pacífico Mr. G. Maui y comandante superior Mr. Munier. En la orden de diez de diciembre que, junto con otros documentos importantes, se publicará en el *Apéndice*, aparece perfectamente arreglada la organización política y militar de Culiacán.

invitándole á defecionar y encareciéndole la superioridad militar de la fuerza intervencionista. La respuesta del heroe, como él dice, en su parte oficial, fué cortés y negativa. (1)

El día 19, á la una de la tarde, recibió aviso el C. coronel Antonio Rosales, gobernador y comandante general del Estado, que había llegado á Altata los expedicionarios, é inmediatamente hizo avanzar en observación la mayor parte del escuadron "Lanceros de Jalisco" al mando de su jefe el C. Francisco Tolentino Las fuerzas de Rosales, con las que en la madrugada del día 13 se había escapado de Mazatlán, atravesando por entre las hordas de Lozada, que en combinacion con la escuadra francesa, cerraban la salida terrestre de la ciudad, ascendian escasamente á 300 hombres de la antigua guardia nacional. Pudo reclus-

(1) Esta parte de la carta de Carmona es muy interesante y por eso la copiamos en seguida:

"El orden de los sucesos me ha destinado para establecerme en esta plaza, y como vd. debe suponerlo, vengo rodeado de elementos más que suficientes para abrirme paso. . . . Vd. comprende, querido amigo, cual es su posición con el presidente Juárez; vd. jamás podrá aunarse con el general Corona, único jefe militar que pudiera robustecer sus intentos; pero diametralmente opuesto á los rectos y puros procedimientos de vd., por su relajada, vandálica conducta; está circunstancia ha dado de nuevo todo el realce debido á su acendrada virtud, y le ha dejado para la nueva era que recibe nuestro país, un lugar distinguido que anticipadamente aplauden sus amigos. Por otra parte, el señor comandante superior de Mazatlán y el señor comandante en jefe de esta expedición han visto con indignación el decreto en que D. Benito Juárez pone á vd. fuera de la ley, juzgando este hecho como atentatorio é injusto; ellos tienen el más vivo interés en ver á vd. aliado al nuevo orden de cosas, orden en que positivamente impera la equidad y la justicia; yo con el derecho de la amistad le exhorto á vd. á una adhesión inmediata. — Jorge Carmona."

tar ciento y tantos más entre aguadores ó muchachos de Culiacán, (1) y con tan exíguo ejército salió el día 20, siendo su segundo en jefe el coronel Joaquín Sánchez Román, y pernoctó en el pueblo de San Pedro, distante cinco leguas de aquella capital.

Al amanecer del 21 se emprendió la marcha sobre el enemigo el cual había venido siendo hostilizado por nuestra avanzadas, desde Bachimeto hasta Navolato; pero como los expedicionarios no salieran de los cercos y de los bosques en que se habían atrincherado, se retiraron nuestras fuerzas á San Pedro, bajo el vivo fuego de los dragones de Tolentino, que en su lenta retirada se mantuvieron sin cesar á tiro de pistola de sus adversarios.

Formó el enemigo su línea de batalla, entre la carretera y un vallado, á doscientos metros de nuestro campo según el *Poletín de Noticias del Estado*, y á 400, según el parte oficial de Rosales, colocando traidores en su izquierda, en su derecha franceses con dos obuses de montaña, y en su centro argelinos y mexicanos.

El coronel Rosales colocó en su centro cuatro piezas de artillería de montaña dirigidas por el teniente Evaristo González y un trozo de infantería, enfilando el camino carretero. En la izquierda situó el batallón Mixto, mandado por su comandante C. Jorge García Granados,

(1) Se refiere que antes de salir al encuentro del enemigo, Rosales formó á sus soldados y les habló en estos términos:

—*Muchachos, voy á defender á la patria. El que quiera seguirme que me siga. Y que después les dió la espada y avanzó rumbo á Altata, sin saber cuantos hombres le acompañaban ni el efecto que sus palabras habían producido,*

y dos piezas ligeras: A la derecha desplegó el batallón "Hidalgo," á las órdenes del coronel Correa. La caballería quedó de reserva.

Tales eran las posiciones de los dos ejércitos al dar comienzo verdaderamente la batalla. Más de media hora duró el fuego de fusil y de cañón. Los franceses intentaron en seguida apoderarse de las dos piezas de artillería de nuestra izquierda por medio de un poderoso empuje, que contuvo el intrépido Granados, haciéndolos retroceder en desorden. Desgraciadamente en esos momentos fué herido en el vientre á quema-ropa por una bala de pistola. Una carga de la reserva hizo volver á sus posiciones á los franceses. Continuó la acción más reñida que nunca, señalándose en tan críticos instantes el memorable hecho del capitán Martín Ibarra, que con una audacia maravillosa llega intrépido hasta una pieza de artillería del enemigo y la laza. El coronel Rosales ordenó entonces que toda la brigada cargara á la bayoneta. Este ataque general se ejecutó con precisión y brío y en él murió gloriosamente el malogrado capitán Fernando Ramírez, al frente de su compañía, mientras gran número de nuestros soldados, tirando el fusil por no saberle manejar, se empeñan en tremendas luchas cuerpo á cuerpo con los fieros argelinos. El comandante Miranda y Castro, mayor de la brigada, que fué á apoyar á Ramírez, se condujo con tal bizarría en el desempeño de su difícil movimiento, que mereció los elogios de todos sus compañeros de armas.

El joven José María Bucheli, ayudante de Rosales, el

jefe del Estado Mayor Jorge Green, el mayor del "Mixto" José Palacios, que sucedió en el mando á Granados, y el capitán graduado Lucas Mora, se distinguieron notablemente en el vigoroso ataque ordenado por Rosales. El enemigo, sin abandonar su actitud imponente principió á perder terreno, sosteniendo una tenaz retirada por más de media legua y durante tres horas, hasta que las cargas dadas por el escuadrón de Tolentino acabaron de decidir el éxito de la batalla. Los destrozados restos de la expedición clavaron sus armas en las márgenes del río Humáya, claro testigo de la heroica jornada, y la patria tuvo una fecha más que inscribir en el índice inmortal de sus aniversarios.

Se hace mención del denuedo con que combatieron, durante toda la batalla, además de los jefes y oficiales referidos, del teniente coronel Cleofas Salmón, el mayor Pedro Betancourt, el capitán Martín Ibarra, el subteniente Jesús Velis, el sargento segundo Pedro Pérez y el corneta Francisco Ramírez, apenas de once años de edad.

Los franceses tuvieron veintiseis muertos y veinticinco heridos, y un guarismo considerable de auxiliares; contándose entre los muertos el jefe de los tiradores argelinos y tres oficiales. Cayeron prisioneros noventa y ocho franceses, incluso el capitán del "Lucifer," Gazielle, comandante de la expedición, siete oficiales más y casi doble cifra de mexicanos, que como tropa forzada, fueron perdonadas é incorporados en la brigada. Los expedicionarios perdieron, además, dos piezas rayadas, una bandera, multitud de medallas y condecoraciones, todo su parque y demás útiles de guerra.

Nuestra pérdida consistió en treinta y tantos muertos y gran número de heridos, sin que la deserción ocasionase una sola baja en las filas republicanas.

En merecida recompensa á la victoria alcanzada por nuestros valientes, el Supremo Gobierno les manifestó desde Chihuahua su satisfacción, confiriendo el grado de general de brigada al ciudadano Antonio Rosales, el mismo grado al ciudadano Joaquín Sanchez Román, el empleo de teniente coronel á los comandantes Miranda y Granados, el de comandante al graduado Lucas Mora y los ascensos correspondientes á todos los individuos recomendados en el parte pormenorizado del combate. Al valiente capitán Fernando Ramírez, que inmoló su existencia en aras de la patria, se le consideró con el ascenso á comandante de batallón, acordándose que fuese atendida su familia con la debida preferencia. Su cadáver fué conducido en una camilla á Culiacán, en medio del cortejo triunfal del ejército victorioso.

El Sr. Buelna, en sus *Apuntes*, refiere algunos episodios ocurridos después de la batalla, dignos de mencionarse.

Un oficial de tiradores franceses llorando de cólera se resistía á entregar su espada á un sargento mexicano. Rosales, que lo vé, gritale con voz tronante: "Sois mi prisionero de la cabeza á los piés, sin condición alguna; entregad vuestra espada." Y el prisionero la entregó. Gazielle, entonces, se apresuró á poner la suya en manos de Rosales, que le dijo benévolo: "Guardadla, comandante, sois muy digno de llevarla." Un subteniente argelino quiso besar la mano al héroe, pero éste la retiró dicién-

dole: "En mi país no se acostumbra besar la mano á los hombres." Sabiéndose que el balazo recibido por Granados le había sido disparado deslealmente por un oficial francés rendido, Rosales hizo pasar las filas de los prisioneros para que lo reconociese, delante de la camilla del herido. Pero el magnánimo Granados dijo: "No está." Y sin embargo, allí estaba. Rasgos son éstos exclama el Sr. Buelna, que dan á conocer el temple del alma de los vencedores de S. Pedro.

De los fugitivos sólo lograron escapar Cortés, Carmona y el capitán del puerto de Altata Alejandro Santa Cruz, que sirvió de guía á los imperialistas.

El 23 se verificó la entrada solemne del ejército mexicano en Culiacán, (1) cuyos habitantes no acababan de pasmarse ante un triunfo que juzgaban inverosímil y desde entonces no se atrevieron los franceses á penetrar en el Estado, manteniéndose acorralados en la plaza de Mazatlán, por las tropas del general Corona, hasta el término de la guerra.

(1) La entrada de las huestes victoriosa á Culiacán fué efectivamente en la tarde del 23 de diciembre. Rosales entró por la calle de la *Libertad* en medio de la silenciosa admiración de los vecinos que coronaban las azoteas de las casas, dobló por la calle del *Progreso* y fué á acuartelarse al Seminario, edificio que estaba entonces ocupado por las autoridades republicanas. Nos han referido que las calles se habían adornado para recibir á las huestes franco-traidoras, por algunos partidarios del imperio. En las proclamas impresas que se le recogieron á Gazielle, decía éste á los habitantes de Culiacán que sus deseos estaban cumplidos y que las tropas francesas habían sido recibidas allí con gran regocijo. Fueron, sí, recibidas—exclama un escritor—con gran benignidad y conmiseración; aunque prisioneras, y se les trató como en realidad acreditaron después no merecerlo.

La clemencia del vencedor dispuso que las mejores camas de los improvisados hospitales fuesen para los heridos extranjeros, y en seguida, otorgando la libertad á cuantos de ellos no quisiesen continuar bajo la bandera de la República, les proporcionó recursos para el viaje; generosidad sublime si se atiende á que los defensores de la patria carecían de armas, municiones, equipo y hasta de alimentos.

Don Ignacio Ramírez, que en sus *Cartas á Fidel* había pronosticado, meses antes, que Rosales sería un héroe, porque tenía las condiciones de tal, describe así la batalla desde Guaymas, en Febrero de 1865, en una de dichas cartas:

"Rosales reúne en silencio á sus soldados y marcha á situarse á pocas leguas, en el pueblecillo de San Pedro, que tenía muy bien estudiado: una plaza extensa, cercada por modestas casas, un grupo irregular de jacales hacia la salida de la aldea; algunos bosquecillos de árboles, entre los que se distinguen la parota y el caprichoso *baniano*; el río Humaya á la izquierda de nuestro campo, y al frente al enemigo; así han pasado la noche los patriotas mexicanos.

"Rosales posee la elocuencia militar; breves palabras, pero inflamadas, y órdenes dictadas por el acierto. Embosca dos de las pequeñas piezas que llevaba apoyándolas con unos piquetes; deja cien hombres de reserva en el centro del poblado y se adelanta por el camino, llevando doscientos hombres para provocar el combate.

"Los franceses no dormían; resisten, se organizan, se

precipitan arrollando á Rosales, cantan victoria; entonces la muerte los asalta por los flancos; Rosales recoge su reserva; los invasores se contienen, vacilan, se ven diezmados y retroceden. Aprovecha Rosales los momentos y se lanza sobre los fugitivos; éstos organizan su retirada y se rinden sobre las cenizas de su último cartucho. Rosales había presentido que era un héroe y la gloria se lo ha confirmado."

Después de la elocuente palabra del tribuno del pueblo, oigamos el reposado razonar del admirable estadista don José M. Iglesias, quien describe, en una de sus famosas *Revistas Históricas*, con la pluma de Tácito, el legendario acontecimiento, y añade:

"Este triunfo es, en sus resultados materiales, el más importante que hasta ahora han alcanzado las armas republicanas. Por primera vez han quedado en nuestro poder la artillería y tren de guerra del enemigo, en unión de sus jefes y oficiales, con excepción únicamente de los que sucumbieron en el combate. El arrojo de nuestras tropas, probado ya en tantos campos de batalla, ha dado en esta vez el feliz resultado que les había estado negando la adversa fortuna. La Nación contará, entre sus días más felices al lado del glorioso 5 de Mayo de 1862, el 22 de Diciembre de 1864, en el que ha vuelto á probarse al mundo entero, que nuestros soldados son capaces de batirse con los franceses y derrotarlos."

En varias partes de su obra alude el Sr. Iglesias con encomio á la acción de San Pedro y al general Rosales, y ya casi al terminarla, asienta que las hazañas de las bri-

gadas unidas de Sinaloa y Jalisco, después Ejército de Occidente, al mando del general Corona, figuran entre los actos más memorables de la lucha con los intervencionistas. Allí están, para patentizarlo, las gloriosas jornadas de Siqueros, Veranos, Palos Prietos, Villa-Unión, Copala, Marisma del Pescador, Coneordia, Agua Zarca, Valamo, Rancho del Colorado y aun la del Espinazo del Diablo, donde tan caro costó su relativo triunfo á los franceses. El ejército invasor no tuvo una sola victoria en forma durante el periodo de la guerra en el territorio de Sinaloa, ni logró nunca romper el círculo de hierro con que el patriotismo mexicano le mantuvo encerrado siempre en el estrecho recinto de la ciudad de Mazatlán, defendido por la escuadra del Pacífico. Si vale la frase, puede decirse que Mazatlán fué el San Juan de Acre del ejército francés en México. Salió de allí el 13 de Noviembre de 1866, dos años exactos después de su entrada, en medio de la misma indiferencia pavorosa y hostil con que había sido recibido. El 22 de Diciembre de 1866, dos años exactos también después de la batalla de San Pedro, tomó posesión del Gobierno del Estado, por elección de la Legislatura, el señor general don Domingo Rubí, quedando así restablecido el orden constitucional.

La batalla de San Pedro, constituye la más brillante página de la historia de Sinaloa. Rosales venció á las huestes invasoras con soldados bizoños, reclutados en parte la víspera, con menor fuerza numérica, con inferioridad en todos sentidos de elementos de guerra, salvo el tener cuatro piezas más de artillería. Rosales no



abrigaba esperanza en el triunfo y estaba resuelto á morir por su patria en la liza del honor. La fortuna fué propicia á su genio, á su valor, á las armas nacionales; la victoria orló su frente con inmarchitable lauro, y sobre el mismo ensangrentado campo de batalla, ungido para los siglos con su afrento heroico, desplegó luego la magnanimidad de su corazón y la energía de su carácter. Fué misericordioso con los vencidos, perdonando la vida á todos sus prisioneros,—soldados de un ejército para quien el incendio, la violación y el asesinato eran familiares,—como décadas antes lo había hecho también en análogas, aunque más afectivas circunstancias, el egregio paladín insurgente don Nicolás Bravo. ¡Gloria eterna al vencedor de San Pedro!

En la fecha en que Rosales entraba victorioso en Cuiliacán, con tantos prisioneros como soldados, el coronel Ángel Martínez derrotaba en el punto de las Higueras, cercano á Mazatlán, una columna de 600 hombres de caballería, entre argelinos y traidores, haciéndoles siete muertos y varios heridos, y quitándoles algunos caballos: su pérdida consistió en cuatro muertos y cinco heridos.

Desde antes de tener noticia del desastroso éxito de la expedición mandada al norte del Estado, había seguido infatigable Munier, dictando órdenes, disposiciones y avisos en gran profusión; pasmosa actividad que algo contribuyó á mitigar la llegada de los refuerzos venidos de Durango.

Sabedor Corona de la marcha de este auxilio, trató de estorbarle el paso en las fragosidades de la Sierra Madre.

El veinte de diciembre llegó al punto llamado *Espinazo del Diablo*, donde tomó posiciones, como lugar convergente de los tres caminos porque podía optar el enemigo. Corona tenía 600 hombres pero de ellos solo estaban armados 350, y tuvo además que mandar al socorro de Martínez, jefe de las caballerías y encargado de la línea sobre el puerto de Mazatlán, del cual el invasor hacía frecuentes salidas para romper el sitio; un batallón de infantería al mando del coronel Juan B. Camberos, quedándose únicamente en su bastión de peñascos con 200 hombres armados y 50 sin armas, escasez de tropa que le impidió cubrir á la vez la eminencia que había elegido para centro del combate y los tres citados caminos. El enemigo llegó al escarpado paraje donde se le esperaba, el 31 de diciembre, fuerte de 800 hombres, todos franceses, y dos piezas de artillería emprendiendo al día siguiente el ataque decisivo, por los flancos de la posición mexicana. Cuatro horas sostuvo el grupo de patriotas el formidable empuje de las columnas francesas, que subían las escabrosas rampas bajo un vivo fuego de fusilería y la acción damoledora de las enormes piedras que se les desbordaban por los desfiladeros en que intentaban penetrar. La falta de una fuerza suficiente de reserva, así como el poco parque de que podía disponerse, hizo que al fin el enemigo se posesionase de los lugares dominantes, lo que ocasionó el abandono de las fortificaciones y la dispersión de alguna gente armada. Las pérdidas fueron de mucha consideración, aunque no se pueden precisar, para el enemigo que prosiguió su camino á Mazatlán y envió á Du-

éango muchos carros cargados de heridos. "Si el invasor ha quedado dueño de nuestro campo—dice el general Corona en su parte;—ha sido después de haber perdido gran número de hombres, y probado lo que se les espera de los hijos de Sinaloa, que tan valientemente le disputaron el paso."—La profecía del caudillo se cumplió al pie de la letra.

Con el glorioso triunfo obtenido por Rosales en San Pedro y con los acontecimientos que se desarrollaron en la parte meridional del Estado, terminó el año de 1864 y se inició el de 1865. Ya veremos en el capítulo que sigue qué influencia tuvieron el triunfo del 22 de diciembre y los sucesos referidos en el éxito de las operaciones militares que después combinaron los jefes republicanos, y veremos también cómo fueron todas ellas el prólogo de otras victorias que debían dar justísima celebridad al patriotismo sinaloense.

## CAPITULO XXIV.

1865.

### ENERO.

Resultados de la victoria de San Pedro. Mala fe del periódico oficial de los intervencionistas. Reconocimiento del gobierno de Sinaloa por el presidente Juárez. Suerte de los prisioneros franceses. Conducta infame de Garnier. Manda fusilar á un niño de trece años. Relación tomada del *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente* sobre los acontecimientos que siguieron á la acción del Espinazo del Diablo. Combinaciones militares del coronel Martínez y órdenes del general Corona. Disgusto entre Camberos y Garay. Marcha el coronel Gutiérrez á encargarse de la prefectura del Rosario. Preliminares de la acción de Veranas. Topografía de la población. Los republicanos atacan á los franceses, los derrotan é incendian su último refugio. Muerte de Correa. Movimientos de los republicanos. Son fusilados todos los prisioneros franceses. Se escapa el arriero Plácido Vargas. Fin del capítulo XXIV.

**L**OS importantes resultados de la victoria de San Pedro, calificada de admirable por Justo Sierra en su obra histórica publicada hace breves días, pueden apreciarse por